

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

NAPOLEON EN POSTDAM.

Después del glorioso hecho de armas de Jena, marchó Napoleon sobre Berlin, cuya ciudad se sometió en el mes de octubre de 1806. La resistencia de los prusianos en aquella campaña había sido débil é indecisa, y quizás el estado de sujecion en que se encontraba aquella monarquía, inspiró á Napoleon algun triste cotejo con el brillo que despidió bajo Federico II su fundador. El nombre de Federico llenaba todo el siglo XVIII; los estudios de Napoleon se habian dedicado incesantemente á comparar la táctica del rey de Prusia con la de César, Turena, el gran Condé, Montecuculli y el príncipe Eugenio, y concibió por los planes de campaña del rey de Prusia, en la guerra de los siete años, una grande admiracion; por otra parte el mismo Napoleon, creador de un vasto imperio, gustaba meditar sobre los gloriosos sudores de esos hombres raros que toman un pueblo para constituirlo en mas vastas proporciones. Al llegar á Berlin, la mente de Napoleon estaba toda llena de Federico; los que se acercaron á él en aquella época se acuerdan que no tenia al parecer mas que dos ideas fijas: borrar los tristes trofeos de Rosbach, arrebatat las banderas francesas que tremolaban en Postdam, y luego visitar la tumba del rey de Prusia, cual si debiese lamentar el doble duelo de un grande hombre que ya no alentaba, y de una grande monarquía que iba á desplomarse.

Federico II nació en Berlin el 24 de enero de 1712; habia tenido por preceptor á un francés refugiado, y por ama á madama de Roucoules, tambien francesa, lo cual contribuyó á inspirarle gusto por todo lo que pertenecía á la Francia. Circunstancia singular de la vida de Federico es que este príncipe, tan notable como militar, experimentaba en su juventud una repulsion profunda por todo lo que tenia referencia á la profesion de las armas. Era en aquella edad literato, escritor de madrigales, controversial ardiente, y celoso adepto de la escuela filosófica que empezaba á darse á conocer; por lo cual, el rey Federico Guillermo su padre, se complacia en repetir: «No pasa de un señorito, de un verdadero francés que echará á rodar toda mi hacienda.» ¿No se le vió tomar la pluma

para refutar el libro del *Príncipe* de Maquiavelo, y defender la causa de los pueblos contra un ciudadano republicano que enseñaba, decia él, la tiranía? Desde entonces datan las relaciones de Federico con Voltaire, objeto constante de su admiracion, aun después del pequeño acto de despotismo que rompió todas las relaciones entre el príncipe y el escritor.

Al ceñir la corona, creyóse que el joven Federico continuaria su vida de poeta y de publicista; pero sorprendió no poco á todo su séquito de cortesanos y aduladores, verle abandonar todas las ocupaciones frívolas que habian mecido sus primeros años, y entregarse todo entero al estudio de la administracion y de la política. Fijóse desde luego la atencion de Federico en dos objetos principales; en la hacienda y en el ejército. Llevó su padre la economía al último extremo en todas las partes de la administracion; así es que quedaba poco que hacer respecto á eso. El ejército prusiano no constaba mas que de 60.000 hombres; Federico aumentólo hasta 80.000 y apresuróse á llamar á sus filas á varios oficiales que se distinguieron en el servicio de las otras potencias. Echóse de ver entonces que el refutador de Maquiavelo iba á consagrar con su ejemplo los principios que habia combatido.

La primera expedicion militar de Federico, verificóse contra el príncipe obispo de Lieja; Voltaire fué quien redactó el manifiesto contra el obispo, quien después de vencido tuvo que pagar su rescate. Presto se ofreció una ocasion mas importante de lidiar. Acababa de morir el emperador Carlos VI, dejando á su hija María Teresa una inmensa herencia, bien que con un ejército muy débil, sobre todo después de la muerte del príncipe Eugenio. Garantizan la mayor parte de las potencias la sucesion imperial; mas no impidió aquella garantía á ninguno de los soberanos el codiciar tan rica presa, desde en punto que la vieron entre las manos de una princesa joven, á quien creyeron incapaz de defenderla. El rey de Prusia dió el primero la señal de aquella guerra de espoliacion, y el 10 de abril de 1741, alcanzó una completa victoria sobre los austriacos reunidos en Melwitz, en la alta Silesia. El año siguiente derrotó en Creslau el ejército del duque de Lorena. Dos sucesos tan

próximos uno de otro fijaron las miradas de la Europa en aquel bravo ejército y el joven soberano que lo mandaba. Unieronse á Federico, las potencias rivales del Austria, queriendo todas tener parte en los despojos que estaba á punto de alcanzar; y así fué como se formó la coalicion que estuvo á punto de anonadar la casa de Austria.

Sin embargo; mudaron de consejos las potencias el 9 de mayo de 1756; la Francia, el Austria, la Rusia, la Sajonia, firmaron un tratado de comun alianza, y de golpe vióse cambiar hasta en sus bases el antiguo sistema de la política europea. Ya desde el principio de aquella famosa guerra de siete años, tuvo Federico que habérselas con todas las fuerzas del continente, y lejos de amedrentarle tan desigual contienda, anticipóse á sus enemigos, según costumbre. Sin prévia declaración de guerra, ataca de súbito al ejército sajón obligándole á rendirse. Como se había previsto, aquella invasion irritó profundamente á las potencias aliadas, y de comun acuerdo declararon al rey de Prusia perturbador del público reposo. Atacado por ejércitos formidables, fué Federico vencido por la primera vez en Kolli. Jamás hubo éxito mas disputado, la mitad de la infantería prusiana quedó en el campo de batalla; habiendo sido conducida á la carga hasta siete veces, la última de las cuales viendo el rey vacilar á sus soldados, gritóles con el acento de la desesperacion: ¡Quereis, pues, vivir siempre!

Como quiera, no tardó en tomar su revancha dirigiendo sus primeros esfuerzos contra el príncipe de Subisa. Dispersado el ejército de Francia en Rosbach; un mes despues, con 35,000 hombres derrota el rey de Prusia á los austriacos loreneses, que contaban 60,000. Dió sus disposiciones en presencia del ejército aliado, y no dispuso su plan de ataque sino despues de haber reconocido él mismo el terreno. Al levantar el sitio de Dresde desplegó Federico una habilidad increíble de que no ofrecen ejemplo los anales militares. Maniobrando en medio de tres ejércitos austriacos, amenazado en sus comunicaciones por un ejército ruso, supo contener á la vez á tantos enemigos, y acabó por batir al general en jefe Laudon, en el momento en que se adelantaba este para destruirle. Estaba el rey adormecido junto al fuego de un vivac, cuando vinieron á anunciarle que sus puestos estaban en peligro. Despertado con sobresalto, ordena con admirable calma las mejores disposiciones; y el enemigo admirado de verse atacado por los mismos á quienes creyeron sorprender, vacila, y es puesto pronto en fuga. Este momento es quizás el mas bello de la vida militar de Federico.

Tal es el hombre á quien admiraba sobre manera Napoleon; no pronunciaba su nombre sino con entusiasmo, y profesaba una especie de culto á los menores objetos que le habían pertenecido, tanto que al llegar á Postdam el 14 de octubre de 1806, como encontrase la espada, el cordon de

las órdenes, el cinturón del príncipe y las banderas de su guardia, durante la guerra de siete años, oyósele esclamar: «Hé aquí unos trofeos que prefiero á veinte millones. Los regalaré á mis viejos soldados de la campaña de Hannóver, los guardarán los inválidos como un testimonio de las victorias del grande ejército, y de la venganza que he tomado de los desastres de Rosbach.»

Dejemos hablar ahora al duque de Rovigo, que acompañaba á Napoleon cuando su entrada á Postdam: «El primer cuidado del emperador fué visitar el palacio cuya belleza notó, no haciendo reflexiones sino sobre la naturaleza del terreno sobre que esta construida aquella hermosa habitacion, el cual es tan poco apropiado para la vegetacion, que los árboles no pueden alcanzar en él una muy ordinaria altura. Examinó el emperador con atencion el aposento del gran Federico, que es religiosamente respetado; no habiendo sido tocado ninguno de sus muebles, que ciertamente no deben su valor á su magnificencia, pues no hay en París almacen de ropavejero en que pueda encontrarse un mueble mas sencillo y mas comun. Su mesa de escribir me pareció de la misma especie que las que se echan de ver aun en nuestros viejos notarios de Francia; estaba todavia en ella su tintero con sus plumas. Abrió el emperador algunas de las obras que solia leer con preferencia aquel gran rey, y examinó las notas que pusiera de su propia mano en el márgen, de las cuales habia muchas que indicaban mal humor. El emperador quiso pasar por la puerta por la cual bajaba Federico al terraplen del lado del jardín, como tambien por aquella por donde salia cuando iba á pasar revistas en la gran llanura de arena que está junto al palacio.

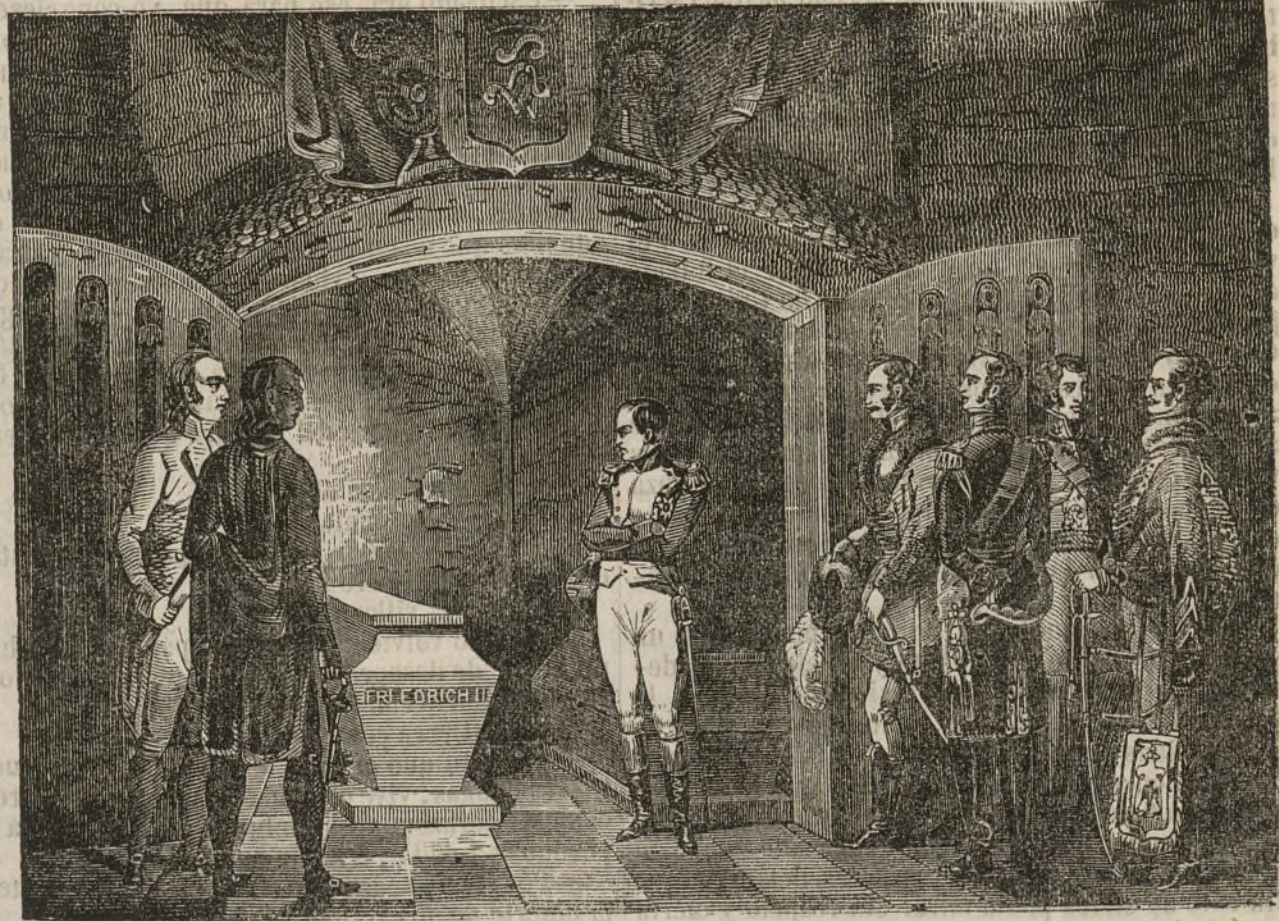
Era Federico de una talla algo menos que mediana, pero desarrollada; delicada su constitucion, mas robusteciéronla el ejercicio y la fatiga. Pocos hombres supieron guardar tan constantemente la igualdad de ánimo y la uniformidad de resolucion en los vaivenes de la vida. Decia él mismo que antes de tomar un partido debíanse pensar bien las consecuencias; pero que una vez tomado se debía sostener á todo trance. Esa era la máxima de Salustio; *Consulto et ubi consulueris; naturé facto opus est*. Sobresalió Federico en la estrategia, creó el arte de maniobrar delante del enemigo, revolver y abrumarlo dirigiendo á un solo punto sus mayores esfuerzos. Fué el primero de los modernos que se atrevió á no dar sus disposiciones sino en el campo de batalla, y arregló casi siempre sus movimientos en presencia del enemigo. Su ejército era mirado como el mejor de Europa; presenciaba todas las revistas y paradas, y sobre todo aquellas grandes maniobras que acudían á admirar los militares de todos los paises; siendo él mismo el instructor y ordenador de sus tropas. Apresuráronse donde quiera á seguir las lecciones de tan gran maestro, y los principios que prescribió, adoptados entonces por las diferentes naciones de

Europa y mas tarde por Napoleon, dirijen aun hoy día las evoluciones de todos los ejércitos.

Federico espiró el 17 de agosto de 1786; y fué enterrado en Postdam. Eran las seis de la mañana del 26 de octubre de 1806, cuando Napoleon acompañado del general Duroc y de dos ayudantes de campo, se trasladó sin el menor aparato á la cueva que encierra los despojos de aquel gran capitán. Llevaba Napoleon el uniforme histórico de coronel de cazadores de la guardia. No anunciara su intento á sus ayudantes de campo: su figura grave y habitualmente meditativa se habia ido poco á poco animando, y al llegar á Postdam pidió al gobernador ver la tumba del gran Federico. Precedióle un oficial prusiano hasta la reja que cierra la escalera de la tumba; guardaba aquella reja un viejo invalido, el decano del cuartel, quien sirviera en la guerra de siete años; sus cabellos blancos que caían sobre sus hombros, y las cicatrices de su frente indicaban una de aquellas carreras militares que Napoleon gustaba conocer y recompensar. Bien que perteneciera á las últimas filas de ejército prusiano. Napoleon hizo preguntar por Duroc que sabia perfectamente el alemán, sobre la vida y hábitos militares de Federico. Bajó Napoleon algunos escalones, y entró en la cueva con la cabeza descubierta, y tomando la postura de una reflexion solemne, colocóse con los brazos cruzados delante del sencillo monumento. Permaneció mas de diez

minutos abismado en su contemplacion, dirijiendo de cuando en cuando á Duroc algunas palabras entrecortadas. Qué de grandes pensamientos debieron rodar por aquella frente! qué de meditaciones sobre los vaivenes y varia fortuna de la victoria! Napoleon quiso verlo todo, tocarlo todo lo que habia pertenecido al gran Federico: «Es mas sencillo, mas hermoso que Saint-Denis,» dijo repetidas veces á Duroc. Napoleon, que gustaba consignar sus menores acciones, dictó él mismo, al salir de la cueva, las pocas líneas siguientes insertas en el boletín 18.º del grande ejército: «El emperador, ha visitado la tumba del gran Federico. Los restos de aquel grande hombre están encerrados en un ataúd de madera cubierto de cuero, colocado en una cueva sin el menor ornato, sin la menor distincion que recuerde las grandes acciones de uno de los primeros capitanes, cuyo recuerdo conservará la historia.»

Hubo en Santa Helena una tumba que se hallara á corta diferencia en el mismo estado de desnudez; una sencilla piedra sombreada por un sauce, fuera el solo monumento que cubriera las cenizas de aquel que en su bella vida militar procuró constantemente imitar al gran Federico. No solo Napoleon siguió con gloria sus huellas, sino que todavía ha sobrepujado, en algunas de sus campañas, las vastas combinaciones del monarca prusiano.



Napoleon visitando la tumba de Federico II.

CRONICAS DE GALICIA.

EL PUENTE DA.

I.

El esposo ultrajado.

A cuatro leguas de Betanzos y seis de Lugo, y á poca distancia de la magnífica carretera que hay de una ciudad á otra, existen las ruinas de una de esas fortalezas que tanto abundaron en Galicia en tiempo del feudalismo, y de cuyas aisladas moles de robusta piedra se suelen aprovechar bien los mesoneros y bandidos. Estas mismas ruinas son las de un castillo que fué solar de la muy noble familia de Guitiriz, segun dice el P. Gándara en su famoso novilario; y á la estincion de este edificio y sus señores, se levantaron cerca de sus ennegrecidos muros unas cuantas casas mas de las que habia, formando un pequeño y pintoresco pueblo que aun hoy dia se designa con el mismo nombre.

Empero, como la destruccion de esa fortaleza feudal encierra una leyenda trágica y estraña, uno de esos dramas horrorosos de la edad media escritos en las crestas de nuestras montañas con escombros, porque las ruinas son los geroglíficos con que se escriben las devastaciones; vamos á referirlo á nuestros lectores tal como lo hemos oido á varios comarcanos y se halla confirmado en un antiguo libro de tradiciones.

En una noche muy oscura del mes de diciembre de 1515, en que la lluvia descendia á torrentes y el vendabal silbaba con furor al columpiar el follage de los árboles adyacentes al castillo de Guitiriz, el jóven y esforzado paladin don Gutierre Pardo de Gayoso y su escudero Nuño Perez de Coutiño, se encontraban platicando con misterio en un apartado aposento de la torre principal del mismo; y aunque ambos estaban sentados en un mismo camapé y vestian iguales trages de terciopelo negro, á usanza de la época á que nos referimos, fácil seria conocer á simple vista cual de estos dos personajes que nos abren la escena era el señor, cual el vasallo.

El atlético dueño de aquellos muros, era un guerrero de airoso continente y de elegantes ademanes; pero la diabólica espresion de sus ojos, lo moreno de su rostro y las cicatrices que tenia en él, recibidas en varios torneos y batallas, no estaban muy en armonía con la esbeltez y magestuosidad de su figura. Don Gutierre era uno de aquellos señores feudales de entonces, que armados llamaban la atencion pública por su varonil presencia, pero que sin esto no se les podia mirar sin respeto y cierta especie de temor, pues la dureza de sus facciones,

donde parecen reflejarse los sentimientos de las almas, y las imponentes miradas que clavaban en uno, contribuian mucho á ello. Y sin embargo de todo, su corazon era de los mas bellos y excelentes, era el verdadero tipo de los corazones de aquella época respecto á nobleza y caballerosidad.

Su escudero, por el contrario, era de raquíteas formas, cutis blanca y sonrosada, ojos vivos y agraciados... pero su alma infernal era el reverso de la risueña imágen que presentaba la de su señor. La mas esacta apología que pudiéramos hacer de Nuño Perez de Coutiño, la hallareis en esta crónica.

En la noche que dejamos dicho, á medida que hablaba don Gutierre, sus ojos centelleaban como rayos, sus dientes rechinaban de una manera espantosa y accionaba con los brazos de un modo capaz de aterrar al mas sereno observador.

—Nuño, mi buen Nuño, decia con acento pesoso; todo lo que poseo me parece poco para recompensar tu fidelidad: desde este momento puedes disponer de cuanto tengo, y aun de mi vida si de algo te sirviere.

—Gracias, gracias mi noble señor, por vuestros ofrecimientos; contestó el escudero con sardónica sonrisa: yo no hago mas que cumplir con mi deber al enseñaros la mancha que anubla vuestros cuarteles, al declararos lo que mis ojos presenciaron.

—Escusado era eso para que yo conociese lo mucho que me amas, pues mil veces me has probado tu adhesion á mi persona. No hace muchos meses que me libraste de la celada que me habia armado en el puente de Rábade ese maldito conde de Villalva por que le vencí en el torneo de Bahamonde. Los cobardes siempre tienen que apelar, como traidores, á medios tan villanos para batirse con aquellos que no pueden mirar siquiera cara á cara. Oh! no creas que olvidaré nunca ese servicio que me hiciste: su memoria eternamente quedará grabada en mi corazon; si, aquí, donde queda tambien la revelacion deshonorosa que acabas de hacerme. Mañana..... mañana, Nuño, sabrás como tu señor toma venganza del hombre que tan vilmente le ha ultrajado,

—Y que hareis de él?

—Que haré...? matarle.

—Matarle!! matar á vuestro padre!!...¿ estais en vos, don Gutierre?

—Silencio, villano!

Nuño no volvió á decir una palabra mas; hizo un gesto de desaprobacion y de terror bajando la cabeza al suelo con aparente humildad.

Don Gutierre continuó:

—Crees tú que el serlo le defenderá de la muerte? te engañas; vive el cielo! y muy poco comprendes este corazon acostumbrado desde niño á no perdonar á nadie, á nadie que le ofenda.

—Por Dios, señor, no seais parricida...básteos la muerte de ella.

—No, Nuño, no: luego que Leonor deje de

existir y cuelgue su cabeza en una almena de la torre, sacaré á mi padre del castillo, llevarélo á pasear por el camino de Betanzos, y despues...? no adivinas lo que haré despues? Mira: le diré que se arrodille á mis plantas, cogeré con mi mano izquierda sus cabellos blancos y con la derecha este puñal que llevo en la cintura...

—Señor! señor! apiadáos de él, es un anciano, es vuestro padre,... que si os ofendió, tal vez se halla pronto á vestir el hábito de monge y llorar en un monasterio el delito que ha cometido.

—Calla por Cristo! y no vuelvas á interceder jamás por los que me ultrajan: no pidas piedad para ese hombre que en vez de contribuir á mi ventura, aun á costa de su avanzada vida, tuvo la osadía, la infamia y la crueldad de seducir á mi esposa, á la esposa de su hijo!!!

Estas ultimas palabras las pronunció con tanta rabia don Gutierre, que resonaron en el patio del castillo como el gutural ahullido de una fiera.

En seguida prosiguió.

—¿No dices que los viste...?

—Cierto.

—Pues entonces, como he de perdonarles? caigan esas dos cabezas culpables á los golpes de mi daga, y sus cadáveres servirán de pasto á los hambrientos lobos de nuestras montañas; y tú si vuelves á despegar los lábios para pedir por ellos... tiembla!

—Perdonad si...

—Nuño, retírate hasta el alba

—Quedad en paz, murmuró entonces el escudero despidiéndose con humildad de su señor y lanzándole al salir una mirada de soslayo, una de esas miradas siniestras que nos hacen estremecer involuntariamente, pues parece que preludian una desgracia muy terrible.

Don Gutierre se quedó solo, triste y meditabundo, con los ojos fijos en los grandes retratos de familia que, inmóviles en sus dorados marcos y con aquella espresion de gravedad que lleva consigo el sello de una nobleza sin tacha, se ostentaban sobre las paredes de la cámara.

Algunos minutos despues, el relox del castillo de los de Guitiriz dejó oír doce campanadas, que esparramó por el espacio el helado viento de diciembre, y el melancólico guerrero dobló la cabeza sobre el pecho como abrumado de dolor é insomnio; quedando dormido con la mano izquierda puesta sobre el pomo de su puñal, con la derecha en el corazon.

II.

El padre y el hijo.

Serian las cinco de la tarde del siguiente día, al tiempo que don Gutierre en compañía de su padre salia del castillo con direccion al rio que á poca distancia del solar se deslizaba sordamente hasta llegar á la llanura: el sol dardeaba sus moribundos rayos sobre las cristalinas olas de la rápida

corriente, formando en ellas cambiantes tan fantásticos y fugaces como en las arañas de cristal las amortiguadas luces de un festin; el cielo estaba puro, el aire embalsamado.... hacia una de esas tardes de invierno tan raras y deliciosas.

Iban ya cerca del rio.

Don Gutierre volvió la cabeza hácia la fortaleza feudal y el jóven caballero derramó una sonrisa diabólica de gozo al divisar á su escudero, Nuño Perez de Coutiño, que desde la almena agitaba una cabeza ensangrentada de larga cabellera y de facciones lívidas y cadavéricas.... era la de su infeliz esposa doña Leonor de Táboga, condesa de Montenegro, mandada asesinar por orden suya.

Don Alonso no advirtió nada.

Poco tiempo despues ambos personajes acabaron debajar por el tortuoso camino que desde la cumbre de la montaña en que se levantaba el castillo habia hasta la márgen del pequeño rio, formado por las eternas nieves de aquellos montes, y que corre á engrosar las aguas del Mandeo. Caminaban padre é hijo hácia un humilde puente de madera, próximo á arruinarse por sus años de servicio, que se hallaba construido en el mismo punto en que hoy día se vé el sólido y elegante de piedra sillería que al formar la carretera se edificó en su reemplazo; pero que sin embargo de esta metamorfosis, desde la tarde que acaeció la terrible escena que vamos á referir, conserva el mismo nombre que encabeza esta leyenda, nombre que el puente viejo transmitió al puente nuevo como un padre á un hijo su apellido.

El paisaje que desde este sitio se desarrollaba á la vista de don Alonso y don Gutierre, era verdaderamente un panorama montañoso que inspiraba á un mismo tiempo mil sensaciones diversas de terror y admiración profunda. Por una parte, la cadena de montañas de Ponsadela con sus negruzcas rocas, encumbrados picos y precipicios horrorosos, pero revestidas de aquel verdor poético con que se miran al aproximarse la primavera; por otra, la dilatada llanura de Guitiriz sobre cuyo fondo se destaca, como un inmenso espejo, su azulado lago de la figura de un trapezio, y en cuya serena superficie se proyectaban los elevados montes circunvecinos y las cenicientas nubes del cielo; rematando este cuadro tan admirable en la hora del crepúsculo, en otra cadena de montañas cubiertas de nieve que confundian la blancura de sus cimas con los argentados celajes.

Empero nada de esto conmovia el alma de nuestro protagonista que fluctuaba en un mar terrible de venganzas. Sus ojos no veian mas que su puñal y el pecho de su padre, de aquel padre que tan bárbaramente le habia ofendido. Todas las teorías, todas las palabras mas afectuosas no bastarian para disuadirle de su proyecto, no llegarían á arrancarle aquella presa de las manos.

—Hijo mio, decia don Alonso Perez de Gayoso deleitándose en mirar como las caprichosas ondas

del bullicioso río se arrastraban para el lago por entre las variadas flores que en el prado se ostentaban, ¡que desierto está este sitio! hoy no pasa un alma y ayer infinidad de damas, paladines y pecheros cruzaban por él de vuelta del torneo de Rodeiro.

—Así lo quiero yo, señor de Guitiriz, mal padre y mal caballero; desierto lo quiero yo para que nadie acuda á vuestros clamores, para que nadie mire vuestra agonía con tristeza.... gritó con voz atronadora don Gutierre y tomando una actitud harto imponente y amenazadora.

—Gutierre mio!! querido hijo mio!.. tartamudeó el anciano aterrado de un lenguaje tan soberbio y sorprendente; y al ver que los ojos de este, encendidos como chispeantes brasas, mas bien parecían los de un demonio que de persona humana: tú deliras!!... oh! qué ojos!! qué acciones! hijo mio, que vás á hacer!!...

—Qué voy á hacer? por nuestro patron san Cristóbal que esa pregunta es bien inútil cuando me veis sacar este puñal.

—Dios mio!!! vas á matarme! á mí... á tu padre que te ama tanto y que nunca te ha ofendido en nada!

—No me ofendisteis! decís que no me ofendisteis nunca, cuando habeis estampado en esta frente que debíais respetar mas que la vuestra, mancha eterna de baldon, mucho mas terrible que el anatema de los cielos para el hombre que tiene honor.

—Yo, Gutierre!! Pues en qué te ofendí, hijo mio?

—En qué me ofendisteis! y aun me lo preguntais con esa serenidad!... vive Dios que pronto os olvidais del torpe amor que á Leonor teneis!...

—Mentira!—Ahora comprendo que tal vez seré víctima de alguna calumnia...

—Calumnia! pluguiese al eterno que así fuera. Ea, señor, no mas palabras, porque todo lo que habeis con ese tono hipocriton os servirá de nada: arrodilláos á mis pies y orad por vuestra alma.

Don Gutierre desenvainó el puñal al decir esto apuntando al pecho de su padre. Este se arrodilló maquinalmente sobre los tablones del caduco puente, desbrochó el gaban, y mostrando su desnudo pecho á don Gutierre, *«dá, hijo infame, dá!* gritó con la resignacion de un mártir.

Desde aquel momento no se volvió á escuchar ninguna otra palabra mas... habia cesado para siempre aquella fatal conversacion de padre é hijo, conversacion que terminó con la palabra *dá*, nombre que desde aquella tarde tomó el mezquino puente que fué teatro de una escena tan atroz y tan sangrienta.

III.

La revelacion.

Habian transcurrido seis años.

Don Gutierre se encontraba en Betanzos en

donde dentro de pocos dias iba á casarse con doña Beatriz de Andrade, señora de las mas principales y hermosas de la provincia. Recordaba continuamente á su desgraciado padre, afligiéndose algunas veces por haber sido su verdugo, y otras regocijándose de la venganza tan cumplida que habia tomado de los dos culpables.

Una tarde que se encontraba en casa del marqués de Mos en compañía de varios señores del pais proyectando una cacería en las montañas de Montouto, recibió un mensaje de su fiel servidor Nuño Perez de Coutiño, á quien por la revelacion que le hizo, y de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, le colmó de favores y le empleó de capitán de sus arqueros de Guitiriz; en que le suplicaba encarecidamente se llegase al castillo porque estaba en los últimos instantes de su vida y deseaba antes de morir hacerle otra revelacion no menos importante.

Don Gutierre, que le habia cobrado bastante cariño, montó á caballo al instante y se dirigió á todo escape á Guitiriz pesaroso de la desdichada suerte del que habia sido tan buen servidor de su casa.—Las cuatro leguas que habia desde Betanzos al castillo las anduvo en menos de tres horas, gracias á la agilidad de su corcel; de modo que cuando se apeó en el patio de su fortaleza aun no habia cerrado del todo la noche.

Subió presuroso á la cámara de Nuño, y tan pronto como le divisó en el lecho se avalanzó á él con las lágrimas en los ojos y estrechándolo en sus brazos como á un hermano: tal era el cariño que le tenia.

--Don Gutierre, dijo con moribunda voz el capitán de sus arqueros; conozco que voy á morir muy pronto, pero antes es preciso que sepais un secreto que hace seis años tengo encerrado en el pecho... veneno que minando lentamente mi vida acaba por fin con ella.

—Dí... dí luego lo que sea.

—Señor, vuestro padre y doña Leonor murieron inocentes.

—Inocentes, Nuño!! exclamó don Gutierre, con voz de trueno.

—Inocentes. Yo amaba á vuestra esposa, se lo dije á ella, y viendo que desoyó con desprecio el amor que la tenia, forjé en venganza la monstruosa calumnia de que fué víctima...

—Basta!! basta, serpiente de los infiernos!! gritó don Gutierre sin dejarle concluir; y sacando su inseparable daga la hundió hasta el pomo por tres veces en el vientre del infame Nuño, que aun al espirar envuelto en sangre parecia derramar una sarcástica sonrisa sobre el mismo que le asesinaba tan cruelmente.

Don Gutierre le arrastró en seguida por el cuarto, le cortó la cabeza, los brazos y las piernas; y despues de mutilarle, de descuartizarle en pequeños trozos como el mas hábil de nuestros verdugos, salió de aquella habitacion con los pelos encrespados, los ojos espantados y pronun-

ciando palabras sin fin y sin objeto... todo en el desorden mas completo y haciendo huir á los soldados de su castillo

IV.

Conclusion.

Desde entonces don Gutierre Pardo de Gayoso, señor de Guitiriz, de Narla y de Caldelobas, se

volvió loco.—En todos los sitios creía ver la sombra de su padre enseñándole la cabeza de su esposa. Pasaba la mayor parte del tiempo en el puente donde matara al anciano que le diera el ser, murmurando *dá, dá!* y despues de tres meses de padecimientos, en un esceso de locura, pegó fuego al castillo, pereciendo entre sus escombros abrasado por las llamas.

BENITO VICETTO Y PEREZ.



El Torcecuello.

EL TORCECUELLO.

El torcecuello es un ave que pertenece á la familia de los trepadores. Tiene el pico puntiagudo y afilado, el color de sus plumas es uniformemente sombrío y monótono, y se parece mucho en sus costumbres á la llamada *Pico*, no obstante que sus facultades son menos destructoras; pero como estos, aquel se alimenta de insectos y de sus larvas que busca en la corteza del tronco de los árboles. Su nombre de torcecuello lo debe á Buffon, que lo designó por una circunstancia particular que no es comun á ninguna otra especie. Y es la de torcer el cuello en todas direcciones, y mas particularmente la de doblarlo sobre la parte superior del cuerpo. Salta de rama en rama ayudándose de la cola que encorva en forma de arco, y trepa por los troncos arriba muy perezosamente, en cuyo movimiento nada tiene de precipitado, sino que por el contrario es lento en caminar, y su camino tortuoso y parecida su marcha á la de un reptil: sus hijuelos desde que nacen siguen la misma marcha. Los hombres inclinados siempre á ver misterios en todo lo que no comprenden, han atribuido á este pájaro en la antigüedad un don particular, que era el de escitar las pasiones y reanimarlas en su decadencia. Tres

son las especies de torcecuellos que se conocen, y de las que solo una existe en Europa. En invierno desaparece y solo viene á nuestros climas en primavera; hácia el otoño suelen ponerse muy gordos, siendo esta la época mas aparente para cazarlos, y siendo su carne de excelente gusto, sobre todo si inmediatamente despues de muertos se tiene cuidado de arrancarles la lengua.

LA BOTICA.

Sonaba un boticario de un pueblo, que todos los vecinos entraban un dia en su botica, y sin saber por qué, se apoderaban con estrepito de cuanto alli habia. Uno se llevaba un bote de ungüento, otro una redoma de jarave, quien una cosa y quien otra. Algunos tal prisa traian, que allí mismo se sorbian las bebidas y se tomaban las medicinas, sin dejar bote, ni vasija que no quedase desocupado. Habia sin embargo algunas botellas puestas sobre una tabla, que no llamaron tanto la atencion de los golosos, en especial la ultima, llena de un licor oscuro del que ni el mismo boticario se acordaba. Aquella botella habia quedado intacta, pues el que mas, se habia contentado con olerla; pero entrando en la botica un hombre de

grande estatura y buen parecer, despues de haber considerado el destrozo que habian hecho los otros, y cual si buscasse con ánsia alguna cosa, fijó al fin sus ojos en la consabida botella.



Poniéndosela á la boca con grande alegría, se bebió todo el licor sin dejar gota. Saliase ya de la tienda, cuando el boticario maravillado no pudo menos de preguntarle, porque habia bebido con tanto gusto, lo que otros habian desechado. El hombre de grande estatura, respondió secamente.

«Ese licor que yo solo he bebido, es la *discrecion*, la que los hombres no quieren gustar por nada de este mundo.

ANUNCIOS.

SUSPIROS DEL CORAZON.

Se ha publicado la 2.^a entrega de esta obra, que redacta en Santiago, *Don Leopoldo Martinez Padin*. Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre la *Carta 4.^a* dirigida á un EMIGRADO. Su autor ofrece convertir muy luego esta publicacion, de recreativa en útil. Se reparte cada quince dias una entrega de 2 pliegos con cubierta impresa.

Precio. 5 rs. cada 3 entregas. Se suscribe en casa de Monier.

GUIA

DEL VIAGERO EN ESPAÑA.

Comprende una noticia geográfica, histórica y estadística del reino; descripcion de Madrid y de las principales poblaciones de España; noticia de los caminos generales y transversales que conducen de un punto á otro, espresando la distancia de la corte á las capitales, y pueblos importantes y de de estos entre sí, con un cuadro estadístico de las

provincias, partidos en que se dividen, número de pueblos, de vecinos y almas de que constan, y un apéndice que reune todas las noticias relativas á comunicacion y transporte, diligencias, mensagerias, carros, galeras, correos, aguas minerales, ferias &c. &c. &c.

Se vende á 16 rs. rústica, 20 pasta; en Madrid en el gabinete literario y en la administracion de diligencias peninsulares. En las provincias en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor, y en las administraciones de diligencias.

ESPAÑA

CABALLERESCA.

POR DON JOSÉ M. MALDONADO.

En todo el corriente mes quedará en poder de los suscritores este lindisimo tomo, que constará de 50 pliegos de impresion ó sean 500 páginas en 8.^o mayor con 100 magníficos grabados, impreso con el mayor lujo y elegancia, encuadernado á la rústica con una bonita cubierta. Contiene las tres novelas originales siguientes:

EL GABAN DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

DON BELTRAN DE LA CUEVA.

DON JUAN EL TUERTO.

A los que se suscriban en todo el mes de mayo, solo costará el tomo 50 rs. en Madrid, y 54 en provincia; pasada esta época queda cerrada la suscripcion y aumenta el precio 10 rs. mas. Se suscribe en Madrid en el Gabinete literario calle del Príncipe, y en las provincias en casa de los corresponsales del señor Mellado editor.

HISTORIA

DEL DESCUBRIMIENTO Y DE LA CONQUISTA

DE AMÉRICA.

POR CAMPE.

traducida por don F. Fernandez Villabrilie; edicion de lujo, con 152 grabados, y 16 láminas aparte de esto

Un tomo en 4.^o mayor de 400 páginas de excelente impresion y esquisito papel, con una magnífica cubierta. Se vende á 40 rs. en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe, y 44 en provincia, franco el porte, en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR,

calle del Sordo, núm. 11.